

A mí, la naturaleza siempre me ha llevado a Dios

Fernando Torre, msps.

Concepción Cabrera es una mística, una mujer de los siglos XIX y XX que no solo reflexionó y escribió sobre Dios, sino que también tuvo experiencia de Dios, que se relacionó con Dios por todos los medios que tuvo a su alcance. Uno de esos medios fue la naturaleza. Disfrutemos tres bellos textos autobiográficos de diferentes épocas. El primero es del año 1894; está en su *Cuenta de conciencia*:

Siempre he tenido especial gusto por ver el cielo; ese espacio tachonado de estrellas y nubes y constelaciones, etcétera, etcétera, siempre se me levanta el alma y traspasa aquello buscando al Autor de tanta belleza¹.

El segundo texto está tomado de su *Autobiografía*. Haciendo memoria de su infancia, escribe:

Me pasaba yo las horas en esa azotea, contemplando el cielo, y queriendo traspasarlo con mi corazón. Sentía esa sed de un más allá, de un algo muy grande con qué llenar mi corazón sediento de Dios.

En el campo, en las cañadas cubiertas de árboles, en esa sierra del Bozo, ¡oh Dios mío! era yo muy niña, y mi corazón se lanzaba hacia Ti, dándote gracias por tanta belleza. A mí, la naturaleza siempre como la música, me ha elevado el alma, y llevado a Dios².

El otro texto viene en su escrito titulado *Vida*, que –por indicaciones de monseñor Ibarra– ella escribe en 1908.

El campo, los pájaros, la naturaleza y aquella paz, y aquellas puestas del sol siempre me llevaban el alma a Dios desde muy niña. Me deleitaba la soledad de los bosques, y aunque siempre por ellos iba cantando, a veces eran tan fuertes en mi alma los levantamientos hacia el Creador de todo aquello, que procuraba quedarme atrás y gozar en silencio de aquello interior que me absorbía³.

De estos textos, subrayo cuatro elementos comunes. Primero. Concepción habla de la creación: «el cielo; ese espacio tachonado de estrellas y nubes y constelaciones», «el campo, las cañadas cubiertas de árboles, esa sierra del Bozo», «la naturaleza», «el campo, los pájaros, puestas del sol», «los bosques».

Segundo. El efecto dinámico que la naturaleza produce en ella: «se me levanta el alma», «mi corazón se lanzaba», «me llevaban el alma», «levantamientos», «me absorbía».

Tercero. Dios como imán y término de ese movimiento anímico y espiritual: «buscando al Autor de tanta belleza», «mi corazón sediento de Dios», «Dios mío [...] mi

1 C. Cabrera, *Cuenta de conciencia*, 2,100: 9 abr 1894.

2 C. Cabrera, *Autobiografía*, 1,31. En su escrito titulado *Vida* (1,99-100), ella transcribe este texto y le hace algunos cambios.

3 C. Cabrera, *Vida*, 1,60.

corazón se lanzaba hacia Ti», «me ha elevado el alma, y llevado a Dios», «me llevaban el alma a Dios», «levantamientos hacia el Creador».

Cuarto. El adverbio «siempre» que, como un estribillo, se repite en los tres textos. El encuentro con Dios por medio de la naturaleza no es algo ocasional o momentáneo, sino constante y permanente.

La creación es para esta beata tan «materialota»⁴ mediación para el encuentro con Dios. Al igual que muchos artistas, ella tiene una fina sensibilidad, que le permite percibir la belleza de los seres creados y experimentar un gozo estético. Ella ha cultivado esa sensibilidad artística en el contacto con la misma naturaleza, con la música y las artes manuales; en el contacto con las personas y con Dios.

Pero, la inspiradora de la Espiritualidad de la Cruz no se queda encerrada en el placer artístico, sino que se lanza al Autor de la belleza o, más precisamente, es atraída por él. Más que un esfuerzo de ella por trascender el gusto sensible, es una gracia que Dios le da y que tiene su raíz en una disposición espiritual con la que el Creador la había preparado para ser la mística que él quería regalar a la Iglesia. Esa disposición la describe ella con estas palabras: «Sentía esa sed de un más allá, de un algo muy grande con qué llenar mi corazón sediento de Dios».

Si el corazón está sediento de Dios, lo busca por doquier, lo encuentra en todo y allí lo adora y lo disfruta. Sin esa sed, de nada le serviría a una persona que Jesucristo mismo se le manifestara; sería como el canto de un jilguero a los oídos de un sordo o un arcoíris a los ojos de un ciego.

Quien tiene un corazón sediento de Dios, podrá disfrutar de la belleza de Dios en la naturaleza, y también en el trabajo, en el trato con los demás, en el arte; podrá disfrutar de la belleza de Dios en la meditación de la Palabra de Dios y la reflexión teológica, en las celebraciones litúrgicas, en la oración silenciosa, en el servicio apostólico; podrá disfrutar de la belleza de Dios en las personas santas, en los actos virtuosos, en la gracia que vence a la tentación, en el cuerpo del Crucificado, en la propia alma habitada por Dios-Trinidad y, al mismo tiempo, sedienta de Dios.

Monseñor Luis María Martínez le dice a su hija y a la vez madre espiritual:

Nuestra alma está hecha para Dios; infinita en sus anhelos, solamente en Dios puede encontrar su perfecta saciedad; es una *inmensa capacidad* de Dios, una *sed insaciable* de Dios. En tanto nos atraen la bondad, la belleza, la luz, en cuanto son reflejo y trasunto de Dios. Y si los pálidos reflejos divinos nos arrebatan y extasían, ¿qué será el Foco que tales reflejos emite, la Fuente suprema de la que tales arroyuelos proceden?⁵

~ . ~ . ~ . ~ . ~

4 C. Cabrera, *Vida* 1,186; cf. 203.

5 L.M. Martínez, en C. Cabrera, *Cuenta de conciencia*, 64,157.A-B: 10 nov 1935.